

“Una vila del vuitcents”

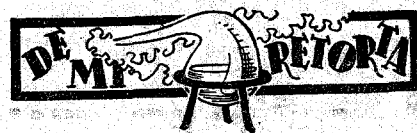
Bajo este título, acaba de aparecer el libro que, referido a esta ciudad, su ciudad natal, ha escrito la insigne pluma de Agustín Calvet «Gaziel» y publicado por Editorial Selecta.

Lea en nuestra próxima edición el interesante comentario que, en glosa de dicho acontecimiento, ha escrito uno de nuestros redactores literarios.

ancora

SAN FELIU DE GUIXOLS

3 DE SEPTIEMBRE DE 1953



Zarzamoras del camino

por L. D'ANDRAITX

COMO DE TODO CONVIENE HABLAR,

HABLEMOS UN POCO DE FOLKLORE

Vivimos en un país que, cara al turismo, está tan lleno de recursos como repleto de posibilidades.



Por doquier, símbolos y recuerdos imperecederos de una historia que registra la conquista y gobierno de medio mundo. Piedras y monumentos magistralmente esparcidos por toda el área de este solar, proclamando la realeza de sus grandes señorios. Climas diversos, paisajes encantadores, rincones de maravilla. Sol y luz al por mayor. Tierra hidalga, valerosa y entusiasta, dechado de virtudes, archivo de cortesía. Y, como digno remate y complemento de tan soberbio panorama, queda todavía el gran mosaico de sus costumbres y tradiciones y la rica gama de su folklore. Del folklore de buena y rica ley que nada tiene que ver con las innumerables parodias que por ahí le organizamos.

¡Porque hay qué ver de lo que somos capaces!

Hechura y Medida

No hay duda de que actualmente la Costa Brava ocupa, cara a la atención extranjera, un lugar de verdadero privilegio. Muchos son, por demás, los turistas que no tienen con el país otro contacto que el que nosotros les proporcionamos desde este bello rincón del litoral gerundense. Motivos ambos que, por así decirlo, aumentan todavía nuestra responsabilidad hasta una medida que, por lo visto, seguimos sin comprender ni valorar como es debido.

Nuestras posibilidades son, al particular, sobradamente conocidas, al igual que la poca dimensión que sus límites alcanzan. Debemos por tanto ceñirnos a lo que podemos, que es todo cuanto por propia intuición puede salirnos elegante y espontáneo. Aventurarse en otras cosas, es tanto como exponerse al mayor ridículo en detrimento de aquella dignidad que la propia estimación ha de exigirnos.

Aquello del mutuo aprecio

Además ¿dónde está el respeto que mutuamente debemos otorgarnos? Hemos visto parodias excelentes, que son todas aquellas que están realizadas y concebidas en plan de serlo. Mejor dicho: Uno puede con sombra y decencia reírse de una cosa muy seria. Que no es lo mismo que presentar seriamente una solemne bufonada.

Cuando el mostrador es un mal consejero

Que no se diga que el negocio es el negocio — así literalmente a secas — que es como intentan ciertos tenderos sincerarse de lo que carece de justificación posible. Nuestra riqueza folklórica — y ahí nos referimos a toda la española, en su gran conjunto — está muy por encima de la simple conveniencia de un mostrador que no repara ni retrocede ante las cosas que en este mundo son las más caras y respetables. Quien no siente escrúpulos de conciencia en las cosas que afectan a la patria o al espíritu, es que tiene atrofiado el sexto sentido de la gracia que únicamente se otorga a quienes Dios ve capaces de soportarlo y enaltecerlo.

La dignidad ante todo

Conviene, pues, convendría mejor dicho que alguien se decidiera a afrontar esa necesidad para satisfacerla con las dignidades requeridas y siempre a base de aquellos elementos que puedan dar al asunto la prestancia que merece. La trivialidad o la bufonada ni es propia de nosotros, ni menos apta para presentarla a la consideración extranjera.

Conviene en este aspecto, como ya vamos lográndolo poco a poco en tantos otros, superar nuestro concepto y sentido de una vida que placidamente pudo hasta hace poco transcurrir en un plan familiar y sin mayores quebraderos ni exigencias. Superación, que respetando todo cuanto en nosotros resulta básico y substancial, verdadero y eterno, debe meternos en camino de cumplir la gran misión que tan magnífica se nos ofrece.

Vistas las cosas que ocurren en el aspecto que hoy constituye nuestro tema, hay quien parece presumir que el turista es un señor tonto, que dando vueltas por el mundo recaló en nuestra ciudad en un momento de despiste. Otros, rematando dicho error, afirman que el turista ya se divierte con esa gama de sucedáneos que por aquí le brindamos. Y es que nadie de los tales llega a comprender que nuestra aspiración debe andar por la recta de un destino mucho más ambicioso. Ya que valorar nuestras inmensas posibilidades con el actual rasero de cuarenta libras, aunque éstas sean esterlinas, es una falta absoluta de visión, algo así como renunciar a una suma fabulosa de posibilidades por la inmensa vulgaridad de un triste plato de lentejas. — Rodin

Camino de roca, márgenes secas, doloridas, espinos de huerto cercado, espinas en los zarcillos, y racimos grana y negro; manos heridas.

En la vejez de un sendero, entre amagos de ruinas, las zarzamoras con pinchos de desolación y angustia crecen retando al paisaje de abandonos o de olvidos. Crecen solas; sus blancas flores de almendro tardío, nadie, nadie las mira. El sol hosco de verano, el cielo liso sin nubes, el rojo de unos crepúsculos, ponen su sangre en las flores; lujo del matorral, abalorios de espesura.

Julio avisa a los niños, y entrado ya el mes de agosto, salen ellos al bosque, al despoblado, con pañuelos o cestitas.

Ya las cuentas de los racimos de fruto se volvieron negro y dulce; jugo triste, violetas de erial sin amigos, sin fortuna.

Llegan los rapacillos, golosos de contrabando, de coger lo que no es suyo o lo que crece olvidado, limitando lo preciado, campo o huerto, que se cuida.

Arisca, la zarzamora afila sus pinchos, hiere las manos, rasga vestidos; y el jugo triste, morado, de las bayas deja huellas de un delito en la carne de los labios, sobre el marfil de las sonrisas.

Pero, ¿qué le importa a un chiquillo un «siete» en los pantalones, larga mancha en el vestido?

Con su carita azulada, después de correr caminos, de comer y de guardar cuanta mora ha apetecido, lleva su hatico, triunfante, a la casa, a la cocina.

Manos hacendosas, queridas, transforman las negras cuentas en jalea, dulce o postre.

—Nada me costó cogerlas, madre! Solo pequeñas heridas en mis manos; quizá, en el vestido... ¡Ni tuve que pagar plata...!

No miente el niño; las moras no son de nadie; jamás tienen dueño. Crecen junto a los caminos, en los linderos del bosque, sobre pérdidas ruinas.

Y, recordando mi infancia, salí una tarde de agosto en los caminos de nadie, cogí moras entre espinas; y en mis manos y en mis labios dejó su huella un delito.

—¡Madre, te traigo unas moras!

—¿Moras?

Y mi madre sonríome, fresca y joven, desafiando a los años. Yo me creí un chiquillo.

REFLEJOS

A propósito de un comentario

El señor J. V. A. escribía en el número anterior de ANCORA un comentario muy sustancioso y sugerente sobre unos festivales veraniegos organizados y llevados a efecto en la norteña ciudad de Santander, de tradicional estirpe turística y con sello de noble abolengo residencial. Contrastaba la esplendorosidad de aquellos festejos (funciones teatrales, cinematográficas, musicales; danzas, feria del libro...) con la nimiedad de lo que a este respecto se hace por aquí.

A decir verdad, la comparación nos hace más patente una cosa harto visible y sabida de todos, aunque el deslumbramiento del éxito momentáneo nos lo hace a veces olvidar, y es la realidad de una organización turística incipiente, falta de empresas de alto vuelo, de efectividad atrayentes para el mundo acostumbrado a veraneos de lujo, con un sin fin de comodidades con sabio y extremado refinamiento. Nos damos cuenta, si es que la ilusión nos velaba la procacidad de los hechos, que en cuanto a realización de valores turísticos estamos todavía en pañales. Nos hemos visto arrastrados por la corriente de los hechos mientras disfrutábamos el amodorrante sueño del «ir tirando», sin muchos quebraderos de cabeza, porque nos conformábamos con el bullicioso y dominguero alud forasteril, sin ambiciones de mayor empeño. Pero hemos sido descubiertos, atrapados; ojos y mentes extrañas han hallado en estos parajes unas sobresalientes cualidades no comunes en muchas otras regiones continentales. Y la voz del elogio se ha propagado por todos los ámbitos europeos y americanos, amenazando con dejarnos en ridículo si no nos apresuramos a acelerar la marcha en la efectividad de los proyectos apuradamente ideados. Caravanas y más caravanas de gentes de todas las hablas y condiciones convergen hacia aquí, remedando las peregrinaciones fabulosas postrolombianas en busca de un nuevo Eldorado. Y la marea de inmigración estival nos ha inundado. Y ha habido que improvisarlo todo: hoteles, comunicaciones, festejos, circulación urbana... Y en vez de grandes residencias de confortabilidad irreprochable nos hemos visto obligados a habilitar inmuebles inadecuados, dependencias distantes unas de otras, construcciones abandonadas por inservibles.

En vez de grandes vías urbanas para una desahogada circulación y extensos espacios suburbanos para aparcamiento, las autoridades han tenido que aguzar el ingenio ordenando nuevas calles de dirección única y abrir brechas para descongestionar el tráfico, así como permitir el estacionamiento y pernoctación de vehículos en lugares y callejas cuya angostura los hace casi intransitables.

Y así como andamos a remolque de las circunstancias en lo que a organización y acondicionamiento urbano se refiere, también nos desenvolvemos a precario en cuanto de manifestaciones culturales se trata. En esto estamos todos de acuerdo. Y en la carencia de ese sentido social que reclama el comentarista también. En lo que quizá no pudiéramos obtener unanimidad es en el remedio necesario para superar los obstáculos egoístas ocasionales de esa anarquía que impide la cohesión espiritual necesaria para llevar al terreno de los hechos aquellos proyectos que por ahora no dejan de ser meros sueños quijotescos.

XAVIER